

la siguiente aclaración. De ordinario esta forma religiosa, aparecida en la India (s. VI a. C.) suele ser llamada "jainismo", "yainismo" y, en contadas ocasiones, "jinismo". En sánscrito los derivados de este tipo se forman diptongando la vocal del radical, por ejemplo, Budha-baudha, Siva-Saiva y, evidentemente, "Jina-jaina". Por tanto, la palabra "jaina", por sí sola, equivale al castellano "jinismo", cuyo sufijo indica "derivación, pertenencia...". Luego éste debe unirse al originario Jina; de otro modo tendríamos que el mismo vocablo significaría lo mismo tanto para la diptongación sánscrita como por la sufixación castellana. Además, en este supuesto, debería decirse "baudismo" en vez de "budismo".

Por fin, la manifestación de un sentimiento dolido por un vacío, al que tan acostumbrados estamos los de habla hispana. Me refiero a la ausencia total de la bibliografía en lengua española. Y esto, a pesar de que algunas obras, por ejemplo, la de A. ALVAREZ MIRANDA, *Ritos y juego del toro*, Madrid 1962, son un estudio monográfico y el más completo y serio sobre el tema, cuya bibliografía aduce p. ej. en la p. 423. Naturalmente, cuando habla de la serpiente, no extraña que desconozca mis estudios *La serpiente, epifanía y encarnación de la suprema divinidad telúrica: la madre Telus-Tierra*, "Burgense" 6 (1965) 9-71 y *El pecado original, una narración etiológica y parenética*, "Burgense" 8 (1967) 9-63, aunque estén citados en el *Theologische Wörterbuch zum Alten Testament*.

Resulta acertada la lectura continuada del texto con escasas notas a pie de página y la dedicación de un complemento bibliográfico al final de la obra (págs. 389-478). Facilita la consulta y el manejo de este volumen un índice de materias (pp. 479-87), que podría y tal vez debería haber sido más pormenorizado.

MANUEL GUERRA

José María CASCIARO (dir.), *Sagrada Biblia. I.—Evangelio según S. Mateo; II.—Evangelio según S. Marcos*, Ediciones Universidad de Navarra, Pamplona 1976, 413 y 251 págs. respectivamente.

La nueva edición comentada de la Biblia, que comienza con estos dos volúmenes es obra de un equipo de profesores que dirige José M.<sup>a</sup> Casciaro. Los autores reconocen "Hemos procurado conseguir lo que hoy se considera exigible en una traducción seria: la fidelidad al texto que se traduce, respetando sus propio genio y estilo,

y sin forzar la lengua a la que se traduce...". Nadie como quien ha estudiado Filología Clásica conoce lo dificultoso que resulta hacer una traducción fiel del griego o del latín al castellano o a cualquiera de las lenguas modernas. Para ello hay que dominar las dos lenguas: la original y aquella a la que se traduce. Esto supone el conocimiento de la riqueza semántica de cada vocablo aislado y en su contexto, el dominio de las exigencias de la sintaxis y de los recursos estilísticos e incluso de los de la prosa artística griega, regulada por un ritmo específico, diferente del poético. Esta última vertiente conserva tal vigencia en el N. Testamento que, por ejemplo, se da en casi todos los pasajes fundamentales de las epístolas paulinas, con la particularidad de que, si S. Pablo a veces se acomoda al *párisos* isocrático, de ordinario imita al otro modelo de la prosa artística griega: Demóstenes. Y, para añadir un obstáculo más, a fin de "facilitar la familiaridad con esa venerable y autorizada versión latina, que la Iglesia usa como texto oficial después de los originales griego y hebreo, hemos querido incluir el texto íntegro de la Vulgata". Los traductores han considerado "aceptable adaptar —en la medida de lo posible— nuestra traducción simultáneamente al texto griego y a la Vulgata" (*Evang. S. Mateo* p. 11).

La lectura reposada del texto castellano de esta traducción causa la fruición que se siente al contemplar cómo se superan una serie de obstáculos con limpieza, elegancia y naturalidad. Realmente es una obra hecha con la perfección que se merece el texto inspirado, que "no *nos habla de Dios* a la manera de otros libros, sino que *Dios nos habla de sí mismo*" (*Ibidem*, 24). El hecho de adjuntar la versión latina de la Vulgata, aparte del objetivo pretendido por los autores, es un gesto de valentía y de honradez. Así resulta fácil cotejar la traducción castellana con la versión de la Vulgata y comprobar el acierto o el desacierto. Personalmente, al ver este dato, original de esta traducción respecto de todas las castellanas, hechas en los últimos decenios, tuve la sensación de pisar tierra firme. Quien así obra no puede dejarse llevar de la ligereza ni del capricho de una opinión demasiado personal ni de la menor arbitrariedad, a veces con el pretexto de traducir al castellano del hombre de la calle y casi siempre haciendo realidad el manido adagio italiano: *traduttore traditore*.

Considero muy oportuno resaltar otra peculiaridad de esta traducción. Me refiero a sus notas numerosas y ricas de contenido, que "comentan el texto sagrado, atendiendo sobre todo a expresar su valor teológico, espiritual y ascético" al mismo tiempo

que ofrecen “como una exposición de toda la doctrina cristiana: no en forma sistemática, sino al hilo del escrito sagrado” (*Ibidem*, 11). Aunque no estén reñidas, más importante que la erudición es la devoción, la piedad, la ayuda para mejor vivir la fe y sus exigencias. Este es un aspecto de veras logrado. Cuando el texto lo requiere, las notas nos brindan una aclaración científica y, si es preciso, hasta en algún caso una pirueta erudita. Pero siempre hay consideraciones que fomentan la vida interior e invitan a ser santos y apóstoles, mejores imitadores del protagonista de los relatos evangélicos: Jesucristo, Dios-Hombre. Además tienen el acierto de conseguirlo recurriendo a textos de la Sagrada Tradición y del Magisterio eclesiástico. De este modo nos facilitan la lectura de la Biblia *in sinu Ecclesiae*, único modo católico de leerla, pues la Iglesia es su guardián e intérprete auténtico (Vaticano II, *Dei Verbum*, 12).

Además, en contra de la desafortunada tendencia actual a reducir al mínimo las notas, en la edición que reseñamos del N. Testamento ocupan un espacio extenso, ordinariamente la mitad o más de cada página. Pero lo más importante no es la cantidad sino la calidad. Y ciertamente esa amplitud es, a la vez, densa. En las notas se condensa la doctrina de la Iglesia sobre cada punto, especialmente respecto de los temas de más candente actualidad no sólo por su misma importancia —que siempre lo han tenido y la tendrán—, sino también por las teorías que desde ellos se han elaborado, con más frecuencia de la debida, al margen e incluso en contra del *sensus fidei* del pueblo cristiano y de la doctrina, a veces definida, de la Iglesia. A este respecto, a quien desee comprobarlo por sí mismo, le invito a leer, por ejemplo, las notas acerca de las verdades escatológicas: la Parusía (*Evangelio según S. Mateo*, pp. 127ss.; 336-34); la Resurrección de Jesucristo (S. Mateo, pp. 398-402; Marcos 239ss.) y nuestra (Marcos 137, 240); el infierno (Mateo 189-90), necesidad del bautismo para salvarse y del bautismo de los niños (Marcos 243-45); presencia eucarística de Jesucristo e institución del sacerdocio ministerial (Mateo 366-70; Marcos 204-206); la virginidad de María, la Virgen, antes, en y después del parto (Mateo 70-72, 217-18; Marcos 98-99); Primado de S. Pedro y de sus sucesores: los Romanos Pontífices (Mateo 258-63; Marcos 129-30); la indisolubilidad del matrimonio (Mateo 122-25; Marcos 149-50); el destino universal de las bienaventuranzas, su sentido escatológico aunque con su preludio en el más acá de la muerte (Mateo 102-153), etc.

Por otra parte es forzoso agradecer a los autores de las notas o comentarios el que no se hayan dejado fascinar por la "analogía cultural", añagaza del cientificismo, aplicando a la Sda. Escritura. Es triste comprobar cómo en las últimas ediciones de algunas traducciones de la Biblia, aparte de ser reducidas llamativamente sus notas, estas suelen despedir el tufo del erudicionismo por obra de la "analogía cultural" más que aclara los puntos oscuros mediante la luz de la doctrina de la Iglesia. De esta suerte se corre el riesgo de dejar en la inteligencia del lector la impresión de que el autor principal de los libros sagrados, es un hombre de unos condicionamientos determinados, sometido a unas coordenadas culturales, sociales, etc., particulares y distintas de las actuales, factor tan influyente en la redacción que el Autor principal, Dios, la inspiración divina de los autores humanos, llamados por eso "hagiógrafos" o "autores sagrados", queda preterido a un segundo plano. Así la "analogía cultural" reemplaza a la *analogía fidei* y la Iglesia, su Magisterio, único depositario e intérprete fiel de la Palabra de Dios (Vaticano II), revelada a los hombres, queda soterrado sin que aflore y llegue al espíritu del hombre actual, sediento de verdad y de la Verdad. Los autores de las notas de esta nueva edición evitan estos riesgos mediante el recurso frecuente a los mejores textos de los SS. Padres y de todos los concilios ecuménicos, especialmente del más reciente, el Vaticano II, así como de los Papas sin olvidar las aclaraciones de la Santa Sede a puntos concretos. Unas veces transcribe los textos, otras citan los documentos, que son fáciles de comprobar por el lector si tiene interés en ello.

Además de dar doctrina, evidentemente la doctrina de la Iglesia, las notas sirven para nutrir la vida interior de los lectores e impulsar su dinamismo apostólico. Así se deduce de las no raras reflexiones ascéticas. Lo mismo resulta en el enfoque de las notas, dirigidas al cristiano de hoy, en un plan de espiritualidad laical, al servicio y al alcance del cristiano corriente. Con frecuencia se consigue este objetivo con la transcripción de textos de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Indiscutiblemente de este modo esta edición del Nuevo Testamento ofrece la novedad de ser una verdadera actualización de la Sagrada Escritura.

Entre las varias catas, que he realizado, al azar unas y otras intencionadas, he descubierto una imprecisión, concretamente en la traducción de las palabras del Señor en la Institución de la Sagrada Eucaristía. En el original griego, tanto *soma* = "cuerpo" como *haima* = "sangre" son neutros. Por tanto el pronombre es

también neutro en ambos casos. En latín el género neutro de *corpus* y el masculino de *sanguis* motiva el correspondiente cambio del género del mismo pronombre original: *hoc-hic*. Pues en las cosas, sobre todo en las descritas en su *fieri*, el pronombre expresa el resultado de ese "hacerse", o sea, la realidad misma, última.

El principio anterior se observa al traducir las palabras consecratorias del vino. Como en castellano "sangre" es femenino, se lee: "Esta es mi sangre" (Math 26, 27; Mc 1, 24). Por cierto que en S. Mateo el pronombre lleva acento, que falta en S. Marcos así como en el pronombre de la consagración del pan en ambos evangelios. En ésta se produce la anomalía de usar el pronombre neutro "esto" (Math 26, 26; Mc 14, 22) en vez de "este", pues en castellano es masculino el sustantivo "cuerpo". Tal vez esta incongruencia se deba al deseo de los autores de respetar la traducción oficial litúrgica, donde se da una incongruencia similar. Espero que haya sido subsanada en la traducción definitiva del Misal. Pues, aparte de otras consideraciones que sería demasiado prolijo exponer, lo exigen la sintaxis y el uso popular del castellano. A no ser que se trate de un conglomerado de objetos heterogéneos, donde suele usarse el neutro por razones obvias, el pronombre tiene el mismo género que el sustantivo, p. ej. "este es mi libro", "esta es mi libreta". Además, aunque fuera o sea una *quaestio disputata*, sólo así se consigue la armonía entre el original griego y la traducción de la Vulgata, que es una de las aspiraciones de esta edición de los evangelios. Respecto de la versión litúrgica oficial aprovecho esta oportunidad para hacer caer en la cuenta de que, a continuación traduce "Este es el sacramento de nuestra fe", aunque aquí sería válido el neutro "esto" por referirse todo el rito consecratorio y eucarístico.

Es de suponer que existan otras imprecisiones. El ideal es una meta, hacia la cual debemos tender, aunque en esta vida jamás la alcanzaremos del todo en la traducción de un texto ni en ningún otro aspecto de la actividad humana. No obstante, la presente traducción se aproxima lo más posible. Por eso deberá ser tenida en cuenta ahora y en el porvenir. Ante la multiplicidad y disparidad de las versiones latinas de la Biblia, la Iglesia se vio como obligada a adoptar una sola, la de S. Jerónimo, la Vulgata, como única oficial. Tengo el presentimiento de que la actual proliferación de traducciones del N. Testamento al castellano, tan dispares y a veces tan disparatadas, provocará la implantación de una sola traducción con categoría oficial en castellano. Cuando llegue ese momento, sin duda una de las tra-

ducciones, que deberá ser tenida en cuenta, será la recensionada ahora.

Enriquecen esta versión una introducción general a la Biblia, otra a los libros del N. Testamento con una tabla práctica, donde figura la fecha de composición, el autor, el lugar de redacción de cada libro neotestamentario, así como introducciones especiales a cada uno de los dos evangelios publicados. Los mapas, en color, de Palestina —sola y también con las regiones limítrofes— en tiempo de Jesucristo y el plano de la antigua Jerusalén permiten localizar sin dificultad el escenario de los hechos narrados en los evangelios. Tiene, además, varias y oportunas ilustraciones, tomadas de la Biblia del rey Sancho, el Fuerte, de Navarra (s. IX).

Sería muy deseable que lo ya hecho se completara con la traducción de los restantes libros del N. Testamento y, sobre todo, que, cuanto antes, se publicara todo el Nuevo Testamento en un solo volumen en edición manejable, de bolsillo. Aunque no haga falta observarlo, es evidente que, en este supuesto, algunos temas, ahora explicitados en los dos evangelios, deben exponerse en uno solo, remitiendo a él en los pasajes paralelos, p. ej. el sentido del término "hermano" de Jesucristo (Mateo, 217 ss., Marcos, 98-99).

MANUEL GUERRA

AA. VV., *Morale et Ancien Testament*, Louvain, Centre Cerfaux-Lefort ("Lex Spiritus Vitae", 1), 1976, 184 pp. 16 × 24.

Entre los temas de estudio que en su día se propuso la Comisión Teológica Internacional, figuraba el de los criterios del conocimiento moral cristiano. Para el estudio de este tema se constituyó la Subcomisión de Moral, cuya presidencia aceptó Mons. Ph. Delhayé, secretario, al mismo tiempo, de la C.T.I. El ha promovido incansablemente los trabajos de la Subcomisión de Moral, y desde el primer momento revelaron gran interés aquellos concernientes a la renovación bíblica de la Teología Moral. Con ellos se seguían fielmente las orientaciones del Vaticano II (*Optatam totius*, n. 16).

En este ámbito podemos destacar, como aportaciones más notables hasta el presente; en lo que se refiere al N.T., el estudio de A. Feuillet, miembro de la Subcomisión de Moral hasta 1974, en *Nouvelle Revue Théologique* 92 (1970) 790-793 y en *Revue*